

harto ya, con los codos sobre la mesa, examinaba los muebles, el armario viejo, el reló antiguo, soñando con las vacaciones que había pasado otras veces en Remilly, con su hermana Enriqueta. El tiempo pasaba, dieron las once.

—¡Demonio! no hay que dejarlos marchar.

Y, sin que se opusiera el señor Fouchard, fué á abrir la ventana. Todo el valle oscuro se presentó, mostrando su mar de tinieblas. Pero cuando los ojos se acostumbraban á aquella oscuridad, se distinguía muy bien el puente, alumbrado por las hogueras de las dos márgenes. Los coraceros continuaban pasando envueltos en sus grandes capotes blancos, pareciendo caballeros fantasmas, con los caballos espoleados por el miedo, marchando sobre el agua, y aquel desfile proseguía lentamente, continuo, inacabable. Hacia la derecha, las peladas colinas donde dormía el ejército, estaban envueltas en un silencio de muerte.

—¡Vaya una suerte!—dijo Mauricio,—no podremos pasar hasta mañana.

Había dejado la ventana abierta, y el señor Fouchard, cogiendo su fusil, saltó por la ventana, con la agilidad de un joven. Oyeron que andaba durante algun tiempo, como un centinela á paso lento, después solo se oyó el rumor lejano de los soldados y caballos que pasaban por el puente; debía haberse sentado á la orilla del camino, se sentía más tranquilo allí, viendo venir el peligro, dispuesto á entrar de un salto, para defender su casa.

A cada instante, Honorato miraba el reló de pared. Su inquietud aumentaba. No había más que seis kilómetros de Raucourt á Remilly, una hora de

camino para una muchacha fuerte y lista como Silvina. ¿Por qué no estaba allí ya? Habían pasado muchas horas desde que el viejo la había perdido, en medio de la confusión que le había producido, el espectáculo de todo un cuerpo de ejército que ocupaba el país y entorpecía los caminos. Debía haber ocurrido alguna catástrofe y se figuraba verla, perdida, pateada por los caballos, en el camino.

Mas de pronto, los tres se levantaron. Alguien venía corriendo por el camino y oyeron que el viejo montaba la escopeta.

—¿Quién vá?—preguntó enérgicamente este último. ¿Eres tu, Silvina?

No contestaron. Amenazó con descerrajar un tiro, mientras repetía la pregunta. Entonces una voz temblorosa, oprimida, pudo decir:

—Sí, sí, soy yo señor Fouchard.

Después preguntó:

—¿Y Charlot?

—Está acostado, duerme.

—Bueno, gracias.

Dejó de andar de prisa, lanzó un suspiro, en el que iba envuelto el cansancio y la angustia.

Y al saltar, se encontró sorprendida frente á los tres hombres. Bajo la luz vacilante de la vela, parecía muy morena, con sus espesos cabellos negros, sus grandes ojos muy hermosos, que bastaban para hermosearla, con su cara ovalada, dejando adivinar cuan sumisa era.

Pero en aquel momento, al ver á Honorato, toda la sangre de su corazón había afluído á sus mejillas y no le extrañaba verle ahí, pues había pensado en él, desde Raucourt á Remilly.

Honorato, emocionado, desfalleciendo, afectaba una calma que no sentía.

—Ruenas noches, Silvina.

—Buenas noches, Honorato.

Y para no echar á llorar, volvió la cabeza, saludando á Mauricio á quien acababa de reconocer. La presencia de Juan la molestaba, se ahogaba, se quitó el pañuelo del cuello.

Honorato añadió, sin tutearla:

—Estábamos con cuidado, por usted Silvina, con tantos prusianos como llegan.

Se puso pálida, y mirando involuntariamente hacia el cuarto donde dormía Charlot, moviendo las manos como para ahuyentar una visión horrible, murmuró:

—¡Los prusianos! ¡oh! sí, sí, los he visto.

Cansada de tanto correr, se dejó caer en una silla, y contó que cuando el 7.º cuerpo entró en Raucourt, se había refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp, confiando en que el señor Fouchard iría á buscarla, antes de marcharse. La calle Mayor estaba tan atestada de soldados, que era difícil pasar por allí. Y hasta las cuatro, había aguardado con paciencia, haciendo hilas con unas señoras, porque el doctor Dalichamp, creyendo que enviaban allí heridos desde Metz ó desde Verdum, se ocupaba en instalar una ambulancia. Llegaba gente diciendo que la ambulancia podía servir inmediatamente, pues en efecto, al medio día se había oído el cañoneo del lado de Beaumont. Pero la lucha era lejos, y todavía no había miedo, mas de pronto, cuando los últimos soldados franceses abandonaban á Raucourt, una granada cayó en las cer-

cánias, luego cayeron otras dos más; era una batería alemana que cañoneaba la retaguardia del 7.º cuerpo. Algunos heridos de Beaumont se encontraban en la ambulancia instalada en el ayuntamiento, y se temió que algun proyectil, fuese á acabarlos sobre el jergón, donde se hallaban tendidos aguardando el doctor. Locos de miedo, los heridos se levantaban, queriendo bajar á los sótanos, á pesar de los sufrimientos que les producían sus heridas.

—Y entonces, añadió Silvina, no sé como sucedió, hubo un silencio. Me asomé á una ventana que da á la calle y al campo. No veía á nadie, ni un solo pantalón encarnado, cuando oí pasos muy pesados y una voz gritó no sé qué y todas las culatas de los fusiles cayeron á tierra á un tiempo... Eran, abajo, en la calle, unos hombres negros, pequeños, sucios, con unas cabezas muy grandes y muy feas, cubiertas con cascos, parecidos á los de los bomberos. Me han dicho que eran bávaros, después al levantar la vista, he visto ¡Dios mío! millares y millares, que llegaban por las carreteras, por los campos, por los bosques, en columnas sin fin. Una invasión negra, de saltamontes negros, y siempre más, cada vez más, tanto que en breve espacio de tiempo no se veía la tierra.

Temblaba al recordarlo, movía las manos como para alejar la horrible visión.

—Y entonces ocurrió algo inaudito... Parece que esas tropas llevaban tres días de marcha y que acababan de batirse en Beaumont como fieras. Estaban muertos de hambre, los ojos fuera de las órbitas, medio locos... Los oficiales no han tratado de

detenerlos, todos se metieron en las casas, en las tiendas, haciendo saltar puertas y ventanas, rompiendo muebles, buscando algo para comer y beber, tragando todo lo que hallaban á la mano... En casa del señor Simonnet, el tendero de ultramarinos, he visto á uno que metía su casco en un barril de melaza. Algunos mordían trozos de tocino crudo. Otros mascaban harina. Decían que no quedaba nada después de cuarenta y ocho horas que llevaban las tropas desfilando; y ellos seguían encontrando, sin duda eran las provisiones ocultadas; de modo que estaban como locos, rompiéndolo, destrozándolo todo, creyendo que se les negaba la comida. En menos de una hora los ultramarinos, las panaderías, las carnicerías, todas se han quedado sin escaparares, sin mostradores, sin armarios; en las bodegas no ha quedado nada. En casa del doctor ha ocurrido una cosa que parece increíble; he visto á uno muy gordo que se ha comido todo el jabón. Pero en la bodega han hecho horrores. Se les oía desde arriba aullar como fieras, romper botellas, dejando abiertas las barricas, el vino caía como si fuere una fuente. Subían con las manos enrojecidas y para que se vea lo que es el hombre cuando se vuelve fiero, el señor Dalichamp ha querido evitar que un soldado bebiera un litro de jarabe de opio, que había descubierto, y con seguridad que á estas horas el desgraciado ha muerto, tanto era lo que padecía cuando me he venido.

Volví á acongojarse y al recordar las escenas de vandalismo y de saqueo, se ponía las manos sobre los ojos para no ver.

— ¡No, no! he visto demasiado, ¡me ahoga!

El señor Fouchard, que continuaba en la carretera, se había acercado á la ventana para escuchar; aquel saqueo le preocupaba; le habían dicho que los prusianos lo pagaban todo; ¿pues qué; iban ahora á convertirse en ladrones? Mauricio y Juan se apasionaban al oír aquel relato, con aquellos detalles, contado por aquella mujer, que acababa de ver á los enemigos y á los que no habían podido encontrar desde hacía un mes que había empezado la campaña; mientras que Honorato, preocupado, con el alma dolorida, sólo pensaba en Silvina y en la desgracia antigua, que los había separado.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto y se presentó Charlot. Debía haber oído la voz de su madre y acudió en camisa, para besarla. Rubio y sonrosado, muy fuerte, tenía una cabeza pálida y rizada y grandes ojos azules.

Silvina se estremeció, al verle tan de repente, como sorprendida de la imagen que le recordaba. ¿No conocía ya á ese hijo adorado á quien miraba asustada, como una evocación de su pesadilla? Después empezó á llorar.

— ¡Pobre hijo mío!

Le abrazó, le estrechó entre sus brazos, le besaba como una loca, mientras que Honorato, lívido, se fijaba en la extraordinaria semejanza entre Charlot y Goliath: era la misma cabeza cuadrada y rubia, toda la raza germánica en una hermosa salud de niño, fresca y sonriente. ¡El hijo del prusiano, como le llamaban los guasones de Remilly! ¡Y aquella madre francesa, le estrechaba contra su corazón, horrorizada aún ante el terrible espectáculo de la invasión!

—¡Pobre hijo mío! ¡vas á ser bueno, ven á acostarte, duerme hijo mío!

Se lo llevó. Cuando volvió, no lloraba, había vuelto á calmarse.

Honorato habló primero:

—¿Y los prusianos?...

—¡Ah! sí, los prusianos... lo habían roto todo, saqueado todo, comido todo, bebido todo. Robaban también la ropa, las servilletas, las sábanas, hasta las cortinas que rasgaban para curarse los pies. He visto algunos cuyos pies eran una pura llaga de tanto andar. Delante del doctor, en el arroyo, una partida de ellos se habían descalzado y se envolvían los talones en camisas de mujer adornadas con encajes, robadas sin duda á la hermosa señora Lefebre, la esposa del fabricante... El saqueo duró hasta la noche. Las casas se quedaron sin puertas, y por las ventanas abiertas se veían los muebles destrozados... espectáculo que hacía salir de quicio aun á los más pacíficos. Yo estaba como una loca. Han querido obligarme á que me quedara allí, diciéndome que no me dejarían pasar, que me matarían, pero yo no he querido atender estas razones, me he escapado, á campo traviesa, á la derecha, al salir de Raucourt. Llegaban carretadas de franceses y de prusianos de Beaumont. Dos carretas han pasado cerca de mí, en la obscuridad y he oído unos lamentos, unos quejidos que partían el corazón ¡qué horror! eché á correr saltando zanjas, pasando bosques, sin saber por dónde, rodeando del lado de Villers... He tenido que esconderme tres veces, creyendo que me perseguían los soldados. Sólo he encontrado á una mujer que corría tam-

bién, que se escapaba de Beaumont, y que me ha dicho cosas que ponen los pelos de punta... Por fin, estoy aquí ¡qué desgraciada, qué desgraciada soy!

Las lágrimas volvieron de nuevo á humedecer sus mejillas. No podía apartar de su imaginación las escenas que había presenciado y quiso contar lo que le había dicho la mujer de Beaumont. Era una mujer que vivía en la calle Mayor del pueblo, estaba viendo pasar la artillería alemana, desde la caída de la tarde. A ambos lados del camino una hilera de soldados llevaban antorchas de resina, que alumbraban el camino con luz rojiza de incendio. Y en medio, los caballos, los cañones, los cañones, á escape, al galope furioso. Tenían una prisa rabiosa para alcanzar la victoria, deseando perseguir diabólicamente á los franceses, aplastarlos en cualquier parte. No respetaban nada, lo rompían todo, pasaban por encima de todo. Los caballos que caían y cuyos tiros se cortaban á escape, eran desmenuzados, aplastados, rechazados como cosa inútil. Unos hombres que quisieron atravesar la calle, cayeron á su vez y las ruedas les pasaron por encima. En aquella tempestad, los conductores muriéndose de hambre no se paraban, cogían los panes que les echaban al vuelo, mientras que los que llevaban antorchas, con la punta de las bayonetas, les tendían trozos de carne. Después, con las mismas, agujoneaban á los animales que coceaban, corriendo á más y mejor. Y la noche avanzaba y la artillería pasaba siempre, con aquella violencia de tempestad en medio de ¡hurras! frenéticos.

A pesar de la atención que prestaba á aquel relato, Mauricio, después del opíparo banquete y ren-

dido de cansancio, dejó caer su cabeza sobre la mesa, entre sus dos brazos. Juan siguió luchando contra el sueño, pero vencido á su vez, se durmió en el otro extremo. El señor Fouchard había vuelto á rondar. Honorato se encontró solo con Silvina, sentada, inmóvil, enfrente de la ventana abierta.

El sargento se levantó, se acercó á la ventana. La noche seguía oscura, inmensa, hinchada con el aliento penoso de las tropas. Algunos ruidos más sonoros, choques y crujidos llegaban desde el río. Allá abajo desfilaba ahora la artillería, sobre el puente medio sumergido. Los caballos se encabritaban, asustados por aquella agua movediza. Los arcones resbalaban á medias y era preciso tirarlos al río. Y al ver aquella retirada tan lenta, tan penosa y que no terminaría al amanecer, el joven se acordaba de aquella otra artillería, de aquella que, cual torrente salvaje, lo arrollaba todo, aplastando hombres y animales, en Beaumont, para llegar antes.

Honorato se acercó á Silvina, y suavemente, ante aquel mar de tinieblas:

—¿Es usted desgraciada?—dijo.

—¡Ah! sí, desgraciada.

Comprendía que iba á hablar del suceso horrible, y bajaba la cabeza.

—Dígame usted, ¿cómo ocurrió?... quisiera saber...

Pero no podía contestar.

—Diga, ¿y la sedujo?... ¿Consintió usted?...

Entonces murmuró con voz apenas inteligible.

—¡Dios mío! no lo sé; le juro que no lo sé yo misma... Pero ya vé usted, ¡obraría muy mal mintien-

do! no puedo decir que me haya pegado... se había usted ido, estaba loca, y la cosa sucedió. ¡No sé, no sé cómo!

Los sollozos la ahogaron, y él, descolorido, aguardó un minuto. Esa idea de que no quería mentir, le calmaba. Continuó interrogándola, preocupado con todo lo que no había podido comprender.

—¿Mi padre la ha guardado á usted?

No alzó los ojos, apaciguándose, volviendo á su resignación valerosa.

—Hago los quehaceres, no como mucho, pero como hay otra boca conmigo, lo ha aprovechado para disminuirme la soldada... Ahora, sabido es que tengo que hacer todo lo que me manda.

—Pero ¿por qué se ha quedado usted?

Esta pregunta la sorprendió tanto, que se atrevió á mirarle.

—¿A dónde quiere usted que vaya? Al menos aquí el niño y yo comemos, estamos tranquilos.

Volvió á reinar silencio. Ahora los dos se miraban; y, á lo lejos, por el valle oscuro, el hálito de la multitud subía más amplio, mientras que el rodar de los cañones sobre el puente de barcas, se prolongaba. Se oyó un grito terrible, un grito de hombre ó de fiera, que recorrió las tinieblas con piedad infinita.

—Éscuche usted, Silvina,—añadió Honorato,—me ha escrito usted una carta que me ha causado mucha alegría... Nunca hubiera vuelto. Pero esa carta la he vuelto á leer hoy, y tiene cosas que no se pueden decir mejor...

Había palidecido al oírle hablar. Tal vez estuviera incomodado porque se había atrevido á escribir-

le. Luego, á medida que Honorato se explicaba, sus mejillas se coloreaban.

—Sé que no quiere usted mentir, y por eso creo lo que dice usted en la carta... Ahora sí lo creo... Ha hecho usted bien en creer que si moría en la guerra; sin volverla á ver, me hubiera causado mucha pena marcharme de este mundo sabiendo que no me quería usted... Puesto que me quiere usted siempre, puesto que no ha querido usted á nadie más que á mí...

Estaba emocionado, torpe de lengua, no encontraba palabras con que expresar sus ideas.

—Oye, Silvina, si esos cochinos de prusianos no me matan, serás mía ¡sí! nos casaremos, en cuanto tome la licencia.

Se levantó, lanzó un grito de alegría y cayó en los brazos del joven. No podía hablar, toda la sangre de sus venas le subía á la cara. Honorato se sentó y la rodeó el cuerpo con el brazo.

—Lo he pensado bien; era lo que quería decirte al venir aquí... Si mi padre me niega su consentimiento nos marcharemos juntos, el mundo es grande... Y en cuanto á tu hijo, no podemos estrangularle, ¡pobrecillo! Vendrán otros y acabaré por no conocerle en el montón.

Era el perdón. No quería creer en tanta felicidad y se atrevió á decir:

—No, no es posible, es demasiado. Tal vez te arrepientas algún día... Pero qué bueno eres, Honorato, y cuánto te quiero.

Con un beso la hizo callar. Y no tenía valor para negarse á aquella felicidad que la llegaba de nuevo, ¡toda la vida dichosa que creía había muerto

para ella! Con un arranque irresistible le cogió entre sus brazos, le abrazó, le besó á su vez con toda su fuerza de mujer, como un bien que había vuelto á recuperar, que la pertenecía y que no podían robarla. Le pertenecía de nuevo, él á quien ella había perdido y moriría antes que faltarle.

En aquel momento un rumor se dejó oír, un gran tumulto, que llenó la noche espesa. El ejército se despertaba. Se gritaban órdenes, sonaban las cornetas y las sombras se agitaban, se movían, se levantaban de la tierra, un mar confuso y movedizo cuya marea bajaba hacia el camino. Abajo, las hogueras de las dos orillas se apagaban, no se veían más que masas confusas, sin poderse dar cuenta si continuaba el paso del río. Nunca tal angustia, tal estupor, habían atravesado las tinieblas.

El señor Fouchard se acercó á la ventana diciendo que el ejército se marchaba. Despertados, estremeándose, Juan y Mauricio se pusieron en pie. Honorato había ya cogido las manos de Silvina.

—Está jurado... Aguárdame.

No encontró una palabra, le miró con toda su alma en una continua y larga mirada, al mismo tiempo que saltaba por la ventana y á la carrera, se marchaba á buscar su batería.

—¡Adios, padre!

—¡Adios, muchacho!

Y eso fué todo; el aldeano y el soldado se separaron de nuevo, como se habían encontrado, sin un abrazo, como padre é hijo que no necesitaban verse para vivir.

Cuando á su vez abandonaron la casería, Mauricio y Juan corrieron rápidos por las pendientes,

Allá abajo no encontraron al 106.º, todos los regimientos estaban ya en movimiento y tuvieron que seguir corriendo, les hicieron andar de aquí para allá. Por último, casi atontados y en medio de una confusión tremenda, cayeron sobre su compañía que guiaba el teniente Rochas; en cuanto al capitán Beaudoin y al regimiento mismo, estaban en otra parte. Y Mauricio se sorprendió al notar que todo aquel enjambre de hombres, cañones y animales, salía de Remilly y subía del lado de Sedán por el camino de la margen izquierda. ¿Qué ocurría? ¿No pasaban el Meuse? ¿se batían en retirada hacia el monte!

Un oficial de cazadores que se encontraba allí, no se sabe cómo, dijo en alta voz:

—¡Vive Dios! el día veintiocho era cuando debíamos habernos largado, cuando estábamos en el Chéne y no ahora.

Otros explicaban los movimientos y llegaban noticias. A las dos de la mañana un ayudante del mariscal Mac-Mahon, vino á decir al general Douay que todo el ejército tenía orden de replegarse sobre Sedán, sin perder un minuto. Aplastado en Beaumont el 5.º cuerpo, arrastraba á los otros tres en su desastre. En aquel momento, el general que vigilaba cerca del puente de barcas se desesperaba, viendo que sólo había pasado el río la tercera división. Iba á amanecer y podían verse atacados de un momento á otro.

Así es que previno á todos los jefes que se hallaban á sus órdenes que llegaran á Sedán, cada cual por su cuenta por los caminos más cortos. Y él, abandonado el puente que mandó destruir, desfiló

por la margen izquierda con la primera división y la artillería de reserva; mientras que la tercera división seguía por la margen derecha y la primera destrozada en Beaumont, desbandada, huía sin saberse por dónde. Del 7.º cuerpo que no se había batido aún, sólo quedaban trozos dispersos, perdidos en los caminos y galopando entre tinieblas.

No habían dado aun las tres y la noche seguía siendo muy oscura. Mauricio, á pesar de que conocía el país, no sabía por dónde andaba, incapaz de reconocerse entre aquel torrente desbordado, compuesto de los que se habían salvado en Beaumont; soldados de todas clases, en jirones, cubiertos de sangre y de polvo, se mezclaban á los regimientos, sembrando el espanto.

Del valle entero, al otro lado del río, un rumor parecido subía. El primer cuerpo, que acababa de salir de Carignan y Douzy, el 12.º cuerpo, salido de Mouzón con los restos del 5.º, todos destrozados, arrastrados por la misma fuerza lógica é invencible, que desde el 28, empujaba al ejército hacia el norte, hacia aquel callejón sin salida, donde debía perecer.

Al amanecer la compañía atravesaba el pueblo de Pont Maugis, y Mauricio reconoció el terreno, los montes del Liry á la izquierda, el Meuse á la derecha, lamiendo el camino. Pero aquella aurora gris iluminaba con una tristeza infinita á Bazeilles y Balan, allá ocultos en el fondo de las praderas, mientras que un Sedán lívido, un Sedán de pesadilla y de luto, se evocaba en el horizonte, sobre el inmenso y sombrío telón de los bosques. Y, después de pasar por Wadelincourt, cuando alcanzaron la